

te sientes vinculada a los artistas cuyas voces se han acallado?

M. M. A.: Si tuviera la oportunidad, me encantaría conocer a Yılmaz Güney. Él, como todos nosotros, tiene defectos personales, pero admiro su carácter cinematográfico, su creatividad y su forma de contar historias. Aprecio particularmente su parte kurda, que nunca abandonó y tuvo que esconder para convertirse en un cineasta de éxito en Turquía. A pesar de los tiempos tan peligrosos para los kurdos y los izquierdistas que vivió Turquía durante la década de 1980, él logró hacer sus películas más políticas. Eso es algo que merece respeto y admiración. Me siento más motivada y animada después de ver sus películas.

S. D.: ¿Cómo reacciona el público ante tus películas? ¿De qué modo esperas influir en la sociedad?

M. M. A.: La reacción más común e inolvidable que muestra el público ante mis películas es cuando hacen cola para darme un abrazo. La historia de *I Flew, You Stayed* de alguna manera logra conectar a personas con diferentes puntos de vista, experiencias y orígenes políticos. Mi objetivo es acercar a las personas que no pueden vivir juntas por culpa de los prejuicios políticos. Quizá sea algo ingenua, pero hago películas para crear una sensación de paz en la pantalla y entre el público. Todos somos diferentes, pero semejantes al mismo tiempo.

Entrevista con Hamma Hanachi, un neoromántico en la era de lo virtual

Maria Elena Morató. Periodista y crítico de arte

Periodista y escritor con alma de poeta, Hamma Hanachi pertenece a esa generación de intelectuales que empezó su trayectoria profesional en los años setenta, cuando Túnez vivía una expansión cultural propiciada por el aperturismo bourguibista que miraba hacia Occidente y, al mismo tiempo, no renunciaba a honrar sus propias raíces. La encrucijada de culturas que ha sido históricamente el pequeño país norteafricano, esa *Ifriquia* que dio nombre a todo un continente, hacía de la poética (literaria, teatral, musical y artística) el punto de partida para un afianzamiento de lo propio, de la personalidad que, orgullosa, recogía sus distintos pasados para proyectarlos hacia un futuro que se quería en vanguardia, en un espacio mediterráneo que iba acercando sus orillas a medida que la cultura entre ellas se hacía más interactiva... desde el respeto.

Para entender un poco más la complejidad del panorama cultural en Túnez, a caballo entre norte y sur, entre tradición y contemporaneidad, entre conceptualidades y materialidades propias y ajenas, nos acercamos a Hamma Hanachi (Túnez, 1948), un personaje tan discreto como enormemente activo que se nos antoja un intelectual de amplio espectro a la vieja usanza.

Partiendo de su profesión de escritor, periodista y crítico, ha abordado desde los años ochenta todo el abanico del repertorio cultural, ya sea como redactor en la capital tunecina o como corresponsal en Europa de periódicos como *La Presse* o *Le Progrès*. Su perfil de activista incondicional al servicio de la cultura y del país, racional a la vez que apasionado, nos brinda

algunas pautas para entender la coyuntura de la creación literaria en Túnez.

Reflexionando en clave íntima, Hanachi hace un ejercicio de memoria personal, una memoria compartida por toda una generación que creció con la savia estimulante de la Société Tunisienne de Diffusion,¹ fundamental también para los extranjeros que nos acercábamos a la historia y el arte del país. El mismo icónico edificio que la albergaba, cerrado en 1976, fue considerado por muchos como un espacio de resistencia poética frente al olvido y la desidia que se había ido instaurando en el último decenio del siglo XX y, especialmente, tras las fracasadas revoluciones del siglo XXI.²

Cuestión de lenguas, cuestión de almas

María Elena Morató: Usted pertenece a una generación que miró hacia Europa y adoptó la lengua francesa como propia. ¿Por qué escogió esa lengua?

Hamma Hanachi: Desde la aparición de mi antología titulada *elle*, (Contraste Éditions, 2022), hay una pregunta que me hacen constantemente los medios locales, y supongo que me seguirán haciendo, respecto a mi relación con la lengua francesa y el porqué de haber escogido el francés cuando en árabe mi poesía podría haber llegado a más lectores.

Hay que decir que esta cuestión de fondo no me tenía preocupado, en el sentido de que, al ser una

lengua muy utilizada por mí, el francés me parecía natural cuando escribo, menos constreñido que el árabe, lengua en la que casi ya no escribo. Esta pregunta, hecha de manera inocente sin referencias al concepto de arabeidad en tanto que nación árabe o supuestamente tal,³ me ofrece, sin embargo, la ocasión de volver sobre mis primeros pasos, mi primer encuentro con la lengua francesa; me retrotrae oportunamente al corazón de mi infancia, a mi historia personal. Mi memoria, o más bien lo que esta ha conservado, se encarga de trazar una parte de dicha historia. Fue en un pasado lejano, yo tenía cinco o seis años y estuve hospitalizado en el Departamento de Neumología del Hospital Charles Nicolle, en Túnez, por una dilatación de bronquios, una enfermedad congénita indolora que perturba y dificulta la respiración. Parte del personal de servicio en el hospital era francés. Me quedan algunos recuerdos a modo de palimpsesto. Una imagen volvía cuando pensaba en mi primera infancia, y pensaba en ella a menudo. Era invierno —a esta enfermedad le gusta esta estación—, y guardo la imagen de una enfermera alta, esbelta, con una capa azul oscuro sobre el delantal blanco, piel blanca con ojos azules —había muy pocas así en mi barrio de Túnez, la ciudad de mi niñez—, una cofia blanca sobre cabellos los claros, y salían de su boca dos o tres palabras en árabe y una sonrisa generosa. Louise, creo que se llamaba así, era afectuosa, paciente. En cuanto oía el silbido de mi tos insistente, venía a sentarse en la cama y me decía frases cortas que acabé, a fuerza de ser repetidas y gestualizadas, por entender, por absorber

1. El papel de las principales librerías (muchas hoy desaparecidas) fue, en este sentido, capital.

2. Emna Ben Hamida, «Résonance lumineuse: la réincarnation de la Société Tunisienne de Diffusion», Université de Carthage, Mémoire d'Architecture, diciembre de 2020.

3. El tema de la lengua ha sido, durante más de un siglo, una de las cuestiones controvertidas y omnipresentes entre la intelectualidad del país. Como ejemplo, podríamos citar al poeta tunecino por antonomasia y renovador de la poesía árabe moderna Abou El Kacem Chebbi (1909-1934), quien, pese a conocer la corriente del romanticismo literario europeo y ser crítico con la tradición árabe, nunca escribió en francés. Su obra, incomprendida en sus inicios, ha sido reivindicada por las distintas generaciones a partir de la década de 1940.

En la dicotomía francés-árabe, la primera fue considerada por muchos un espacio privilegiado donde se toleraba lo prohibido, aunque otros escritores piensan que la cuestión debe enfocarse no en la lengua, sino en la libertad de expresión y la autocensura. Otros autores, como Salah Garmandi, escribirán sus obras tanto en francés como en árabe, e incluso en dialecto tunecino, liberando así a la lengua de las cuestiones de identidad. Véase al respecto: Ridha Mami, «Antología de poesía tunecina contemporánea», Sial/Contrapunto, 2019; Leonor Merino, «La escritura de la literatura magrebí de expresión francesa. Territorio de herida», en *Estudios humanísticos. Filología*, nº 14, Universidad de León, 1992; y Nouredine Sraïeb, «Poésie populaire et résistance en Tunisie», en *Les prédicateurs profanes au Maghreb. Revue des mondes musulmans et de la Méditerranée*, 51, Édisud, 1989.

a pequeños tragos: «Bébetelo el jarabe, pequeño, esto te calmará; la sábana está limpia; la toalla está mojada; el bol de leche, el pijama, la almohada, mamá llega mañana... ». Sus palabras sonaban como estribillos de música apaciguadora, hasta que acabé por poner palabras a las cosas, para comprender frases enteras y responder con un: «Gracias, señora; la jeringuilla, no me hace daño; sí, la leche está caliente; he dormido bien; hora de comer; buenas noches, etc.».

Así que cedí, me sometí a esa lengua que se volvió natural, cimbreada en la boca de Louise. Yo quería conquistar ese continente que es el francés; ¿cómo podía prescindir de la dulzura de las miradas de Louise, del arrullo de sus frases, de sus gestos cuando me arropaba cuidadosamente en la cama, del uso de las palabras que curaban y acompañaban? Conté esta historia a una amante o dos, a un par de amigos íntimos, así que esta es la primera vez que glorifico a la enfermera que acompasó mi respiración desentonada.

M. E. M.: ¿Es así como llegó a la poesía?

H. H.: Respiración regular o agitada, soplo silbante, música apaciguadora... Ese bagaje no está lejos del que lleva consigo la poesía; así que, inevitablemente, habrá un encuentro con ella. Más tarde, un tío materno, marino de largo recorrido, me regaló un Larousse ilustrado. ¡Ah!, sus páginas rosadas oscurecidas por el tiempo, sus expresiones latinas, sus términos largos y cortos, sus personajes, sus retratos en blanco y negro... Hice con ellos mi desayuno matinal y mis cenas vespertinas. Me agrada creer que mi genealogía poética, mi adhesión a la poesía, el amor por la lectura, la decodificación de los versos, proviene de esta enfermedad, siendo su fuente una mujer, enfermera anónima de la que no sé gran cosa, ni cuál fue su pasado en la Túnez colonial. ¿Qué fue de ella? Me gusta pensar que la hago revivir en su propia lengua a través de mi poesía.

Proyectar la luz de los ausentes se convertirá en un tema principal de mi materia escrita. Más tarde, en la adolescencia, la frecuentación de los monstruos sagrados de la poesía fue para mí totalmente natural:

Rimbaud, por supuesto; Hugo; Nerval; Mallarmé; Apollinaire... Los imprescindibles, en suma.

M. E. M.: ¿Qué papel desempeñó la escuela en la apropiación de una lengua que era en realidad la lengua «del Otro»?

H. H.: Y continúa siendo la lengua del Otro, pero uno se acomoda sin problema. La lengua es también un ritmo, y el ritmo es algo que llevamos en el corazón. Mis profesores de francés entonces eran franceses, atentos a su misión y herederos de la Tercera República, que citaban estrofas de memoria poniendo la energía, el fervor y el aliento adecuados. Ellos me infundieron el gusto por las palabras, la lengua y la poesía.

Europa, ese Norte de descubrimiento y aventura

H. H.: Luego vinieron los años setenta y los viajes, otra época, como si fuera una edad de oro de la liberación del pensamiento, del cuerpo, de las penas y los quebrantos del espíritu; la Academia de Bellas Artes en Bruselas, el viento de libertad del 68, los encuentros prodigiosos en París, Amsterdam o Estambul... personajes destacados por su erudición y su modestia. Citaré a mi compatriota el novelista, poeta e islamólogo Abdelwahab Meddeb; al novelista español Juan Goytisolo, a quien frecuenté en París gracias a otro novelista, el cubano Severo Sarduy, especialista en arte barroco que figura en uno de los poemas de mi antología; el descubrimiento de los grandes artistas contemporáneos, las exposiciones de prestigio, el Centro Pompidou, la pintura americana (Sam Francis, Pollock, Newman), las revistas de arte de la vanguardia literaria y artística (*Art Vivant*, *Art Press*, *Tel Quel*); las visitas a los templos del arte en París, Amsterdam, Londres, Viena, etc.; la nueva poesía americana, la generación Beat, los años de militancia —a la izquierda y al margen de la izquierda—... Fui una esponja que bebió agua, vino, néctar y todo tipo de líquidos espirituales en relación con la literatura y el arte.

M. E. M.: ¿Cómo fue el regreso a Túnez después de la aventura europea?

H. H.: De regreso a Túnez, hubo desilusiones y pérdida de referentes culturales, años de periodismo ligado a la actualidad cultural, a artistas (emergentes unos, engraidos otros). Me sentí como si estuviera en una pendiente de erosión intelectual, una vida sin rindas, con amistades efímeras y duraderas... Perdí a muchos de los amigos que frecuentaba cuando estaba en Bélgica; amigos con los que compartía reflexiones sobre arte y poesía e inevitablemente una ideología. En Túnez, mis nuevas amistades llegaron a través del periodismo, un oficio que llama a la urgencia en el tratamiento de la actualidad, en particular artística.

El 12 de septiembre de 2019 hubo una línea de ruptura, una doble partida: la de mi madre y la de la redacción de mi primera antología. Estas dos partidas están íntimamente ligadas, cada una a su manera; tanto en su forma como en su espíritu representan el movimiento de una vida. Y me siento satisfecho, convencido como estoy de que la poesía es movimiento.

El poeta, hoy

M. E. M.: Usted ha dicho en alguna ocasión que la poesía es un texto, una escritura de tiempo dilatado, contraponiéndola al ejercicio del periodismo que, al primar la información, nos aleja de lo esencial. ¿Cuál es, pues, el papel del poeta? ¿Cuál es el papel de un poeta como usted, que sigue teniendo la mayor parte de sus escritos sin publicar?

H. H.: Soy como «un viejo piel roja que no marcha en fila india», por citar al belga Achille Chavée, alguien que prefiere tomar el sol en la sombra. Estoy donde no se me espera, en otra parte, ¿haciendo qué?: «Poniendo lazos en torno al alfabeto», que diría Léo Ferré.

Mientras el mundo va hacia su fin, a su ruina, encuentra a hombres que quieren leer y a otros que

empujan a los aficionados a escribir. Desde este punto de vista, el futuro de la poesía seguramente no es siniestro.

Escribir sobre uno mismo, el entorno de trabajo, el uso del tiempo, el estilo y las finezas de la propia poesía: ese es el tema que se me propuso, un generoso regalo, un maná cuasi celeste que me invita a autocongratularme y me incita a aplicar ungüentos para dar brillo y resplandor a la carne de mis poemas. El espíritu de la época va en busca de la celebridad: para ser reconocido, cada artista o escritor busca su minuto de gloria. Las redes sociales, las emisiones de televisión y las críticas están ahí, omnipresentes, para acrecentar el ego de unos y arruinar el de otros. Los jóvenes ambiciosos ponen toda su energía y su pasión en alcanzar el Grial; con algunas excepciones, son los *Rubempré*,⁴ que glorificados por la crítica y reconocidos por la opinión pública acceden a la «parte alta» de la sociedad; en cuanto a los menos jóvenes, la gente de mi edad, han perdido su ardor, a menudo su alma, cruzando al lado esencial de la vida.

Por mi parte, en mi fuero interno, creo que la edad me ha armado para evitar —en la medida de lo posible— la fatuidad y sus envanecimientos; el peso de los años, con sus buenas y sobre todo sus malas experiencias, creo, densifica la idea que uno se hace de sí mismo. Ya no tengo veinte años, ni grandes ambiciones que cultivar, ninguna necesidad, pues, de mantener una pose. Estoy bien como soy, diría incluso que soy perfectamente consciente de que camino al margen de la vida.

M. E. M.: ¿Y cuál es entonces el papel de la poesía en la actualidad?

H. H.: Su utilidad es cada vez más débil; forma parte del pasado o, en todo caso, está camino de ello. Ya era así desde Mallarmé. Continúa viviendo, va tirando a duras penas, al margen del movimiento social. Es, más que nunca, tributaria de los medios, prisionera de internet y otras redes sociales. Lo digo en voz alta:

4. Referencia al personaje Lucien de Rubempré de *La comedia humana* de Honoré de Balzac.

las imágenes, las artes visuales, el ordenador y otros útiles de comunicación actuales han conquistado todo el espacio de intercambio entre los humanos. La transmisión del saber —poético en este caso— ha cedido ante la fuerza de choque de la comunicación. Definitivamente ha terminado el tiempo en el que un poeta como Mahmoud Darwich —¡cuánta falta nos hace Darwich en estos tiempos de guerra, desolación y muerte en Oriente Medio!— llenaba las salas e incluso los estadios. Queda saber cómo y dónde los poetas van a cosechar una porción de gloria fuera de las redes. El porvenir, visto de este ángulo, se anuncia alarmante. Como son poco numerosos, cada vez menos visibles, esos seres vulnerables con luz en la voz tienen menos posibilidades de ser leídos y conocidos y, sobre todo, tienen menos posibilidades de ser reconocidos en vida. Muchos de ellos ya ni piensan en eso.

Pero, digámoslo sin dolor, es quizá ahí donde se encuentra su mejor fortuna, su tabla de salvación: el empeño en continuar escribiendo para ellos mismos, es decir, en procurarse placer y deleitarse sin medida, en medio del lamento. Su vocación es sufrir, su oficio consiste en escoger el mejor envoltorio de palabras para mostrar el material del texto.

M. E. M.: Usted ha dicho que no hay amor sin palabras...

H. H.: Tampoco sin literatura, e incluso sin poesía. Cualquiera que sea su forma, lleva en ella amor; en el fondo, todos los poetas, buenos o malos, escriben para satisfacer un deseo. Creo que lo que hay que adivinar o descubrir en el buen poeta es la energía proporcionada por su espíritu para amasar la masa —la escritura—, pesarla, dejar que suba y repose, prepararla, hornearla y sacarla del horno y, en fin, gozar del placer que se obtiene de ello. Me gusta compartir mi pan con el lector «desconocido», que imagino aficionado instruido, exigente y cómplice al mismo tiempo. El poeta no es solo panadero, yo lo concibo también asumiendo otros roles; sería un director de orquesta cual Claudio Abbado, por ejemplo, sujetando su batuta entre los dedos, dirigiendo el *Trio para piano y cuerda número dos* de Schubert, ese joven vienés triste y solitario de

gafas de hierro circulares que piensa en Beethoven, su maestro sordo, de frente abombada y cabellera abundante, buscando bajo la lluvia su partitura caída en el barro.

Escuchando ese fragmento punzante, intentando aprehender la nota justa, es como he escrito el acróstico «Schubertiadas». El poeta sería también pintor, Tintoretto —padre de toda la pintura occidental— frente a su tela pintando a Carlos V, su protector y el más poderoso de los emperadores, como soldado débil sobre su montura, mortal envejecido. El poeta sería también... poeta que lleva el peso de los dolores y los gozos sobre sus espaldas.

M. E. M.: En su poesía, cita a muchos músicos, artistas y gente desconocida. ¿Qué representan para usted?

H. H.: Ellos son mis fuentes, quienes me han hecho, en parte, a través de sus poesías, sus obras pintadas, sus composiciones o sus amistades y amores. Todos me han transmitido la belleza de la vida, me han dado momentos de felicidad, de placer, de dicha y también de inspiración. El poeta es, a mi parecer, el producto de la gente que conoce, de sus lecturas, de sus experiencias —es una banalidad, pero siempre resulta útil recordarlo—. Todo el mundo contempla la naturaleza, aprecia la temperatura del agua del mar, observa las flores en la montaña, admira la luz del cielo; el poeta no lo es hasta que convierte las cosas vistas, sus sensaciones, sus emociones y sus palabras en frases, imágenes nuevas, expresiones articuladas. Todos esos elementos pasan a través de él, del estado de su cuerpo, su espíritu y sus conocimientos, por su cultura poética, y por el resultado de lo que escribe se lo juzga.

A propósito de los personajes que me han hecho como soy, tome, por ejemplo, el poema de mi antología titulado «Kallima 2», dedicado a Severo Sarduy, desaparecido en 1993, poeta, novelista, artista cubano, esteta nutrido de arte. En un número de la revista *Art Press*, Sarduy escribió un texto sobre una mariposa indonesia andrógina de grandes alas coloridas llamada Kallima —la androginia ocupaba el espíritu y la escritura del autor—. Para rendirle homenaje y que

volviera a estar entre nosotros, escribí ese poema. He aquí como, por efecto del movimiento, el texto pasa el relevo al poema. Ocurre lo mismo con los otros personajes citados: la cantante Barbara Hendricks en el anfiteatro de El Jem; el poeta Salah Stétie en un restaurante de Túnez; la violoncelista Sonia Wieder-Atherton en el Acropolium de Cartago —antigua catedral de San Luis—. . . El poema parecería, pues, un trozo de pan o un fragmento de música, siendo el lector quien debe apreciar su gusto, su raíz y sus declinaciones. Por ejemplo, en estos últimos días, hojeando la antología *Le marteau sans maître* de René Char, me he detenido para saborear el poema breve «Robustes météores». En los dos primeros versos, dice: «*Dans le bois on écoute bouillir le ver / La chrysalide tournant au clair visage*».⁵ Char lo tenía muy fácil para atraer al personal reafirmando el segundo verso con *clair*, que rima con *ver*, lo cual hubiera seguido el camino del consenso de la poesía. Pero no, Char es rebelde a toda conformidad y no sigue el camino aparentemente fácil: tuerce el poema e invierte la proposición para invitar a buscar la belleza y la alteración de la música, no solo por el ritmo como un color que brilla, sino por el desorden como un matiz que atenúa ese brillo. «No el color, sino el matiz», decía Paul Verlaine.

elle, y el romanticismo que palpita

M. E. M.: Hablemos un poco del libro que ha publicado recientemente: *elle*. ¿Por qué ese título, esa grafía?

H. H.: El título es breve, aparentemente banal; me doy cuenta, a la luz de las primeras reacciones, que no deja indiferente, lo cual, por cierto, me complace; deseo que provoque más interrogantes y suscite discusión. La imagen ideal es un lector que diga al autor: «Espera a que reflexione: una coma es una respiración corta, ¿cómo puede ser que detenga la frase en curso?... Y luego *elle*, sola, sin él, sin los otros, ¿quién es?»». Al abrir la antología descubrirá que es la madre del poeta; verá

incluso su retrato a página completa dibujado por el mismo autor; descubrirá poemas que reflejan el espíritu del título. Como la provocación y la búsqueda del éxito me son extrañas, mi título pretende ser una declaración de amor a tres: yo (amante de poesía), mi madre (inspiradora ausente) y el lector (por fuerza desconocido).

En mi antigua vida de periodista era un mal titular —delegaba esta tarea a un colega, amigo ya desaparecido—. No sé por qué razón —quizá haya sido cosa del destino— el título en este caso me parecía evidente, original. No pasó por el tamiz editorial ni por el corrector; surgió natural, emergió de un sueño hacia la realidad, y aquí se presenta modesto, invitando a la discusión, a la participación, al diálogo, y esperando el intercambio.

M. E. M.: ¿Podemos hablar de conceptos como romántico o lírico referidos a sus poemas?

H. H.: Como el romanticismo está trasnochado, aunque siempre protegido por sus imponentes figuras, diremos *neoromántico* para situarnos en la modernidad, en el espíritu de la evolución de las cosas. La naturaleza evoluciona, cambia, se renueva, y lo que no se renueva, muere. La poesía no es una excepción. Como soy amante de la música —lo cual es fácil constatar en mis poemas—, escucho cada día fragmentos del período romántico, sin encasillarme en ellos: Schubert, Brahms, Schuman y los impresionistas franceses del XIX como Massenet, Fauré, Debussy, Ravel, etc. Lírico, sí, pero sin aderezos ni florituras. Hay contención en mi poesía, es algo visible; hay incluso un estilo de respiración corta y agitada, esa famosa respiración que me retrotrajo a las estancias en el hospital, al sanatorio donde esperaba la fosa de la eternidad.

M. E. M.: ¿Y cuál es el lugar del dolor y de la nostalgia, siempre latentes en su obra?

H. H.: El poeta sufre, el dolor es inevitable; a causa de ese dolor empecé a escribir la antología. Sin embargo,

5. En el bosque se escuchar hervir el gusano / La crisálida girando con su claro rostro.

aparte del primer capítulo dedicado a la ausente —mi madre—, hay cinco capítulos más en este volumen. Uno de ellos incorpora el canto del viento arpegiado bajo formas tiernas o hirientes; otro realza por medio de acrósticos personajes admirados o amados, artistas y músicos con su mejor cara; un tercero evoca la isla de Djerba, fascinante e inspiradora; otro describe los períodos que llegan y pasan dejando trazas en la memoria.

En cuanto a la nostalgia, quiero compartir la bella definición que hace Erri de Luca al respecto: «Cuando la nostalgia te toca, no es una carencia, es una presencia, es una visita; personas y países vienen de lejos y te hacen un poco de compañía». Es, pues, una nostalgia feliz la que el novelista napolitano lleva consigo, y que yo alimento con ayuda de los recuerdos; nos otorga sensaciones de ligereza y nos alivia de la brevedad y la fragilidad de la vida. Esta nostalgia se opone a la que reina actualmente en Túnez e incluso en otras partes del mundo, la que no se conecta ni al presente ni al porvenir y mediante la cual jóvenes de apenas veinte años evocan y construyen sobre un pasado que no han conocido. Por no hablar de los adultos que, a falta de energía, de movimiento de vida, vuelven la espalda al presente y vomitan el futuro; una nostalgia desgraciada que yo desapruero y a la que contrapongo otra, liviana, que suaviza la vida y me reconcilia con la muerte.

La poesía como ofrenda

M. E. M.: Su presencia es habitual en las redes sociales, donde presenta a menudo relatos o poemas como un ritual de ofrecimiento hacia sus amigos y lectores. ¿Es así?

H. H.: Las redes sociales, pese a sus cosas malas, sirven... para mantener discusiones literarias con amigos, intercambiar información intelectual, «intereses», con el grupo. Las observaciones, las apreciaciones alentadoras, fortifican la esperanza de creer en la poesía. Para mí, los *posts* son un ejercicio. Escribo —casi a diario—, descubro las opiniones de los «amigos (as)»; es un ejercicio inocente y a veces útil para los lectores que no frecuentan la poesía...

En este sentido, hay que salvaguardar el espíritu de tribu.

M. E. M.: Usted mantiene una relación constante con sus escritores y poetas preferidos. ¿Cómo se desarrolla esta relación? ¿Cuáles son esos poetas de su panteón, como usted lo llama?

H. H.: Hay muchos, y no son suficientes. Son mis compañeros ficticios y reales; la belleza de su poesía me abruma... Me permite avanzar. No puedo nombrarlos a todos porque no terminaría nunca. Me dicen que mi poesía tiene similitudes con la de Yves Bonnefoy, pero en el fondo creo que, por comodidad, el lector necesita a un poeta conocido para comparar e identificar la poesía de otro que lo es menos. La poesía de Bonnefoy —solo de pensarlo me estremezco—, ese mago recientemente desaparecido, me llena y me embriaga. A veces oigo su voz, pues tuve la suerte de conocerlo durante un concierto en la catedral de Cartago al que siguió una exquisita discusión sobre música y poesía, un momento de júbilo impresionante.

Intento preservar mi naturaleza de esponja que retiene lo que tengo entre manos; esos poetas vienen a mí, numerosos y distintos como en peregrinaje. Leo a Philippe Jaccottet, cuya poesía me susurra; a René Char, que me revive con su energía; los flujos de imágenes y los efectos teatrales de Saint John Perse, que me transportan a territorios desconocidos; el universo fascinante de Baudelaire, Rimbaud, Éluard o Reverdy, sin olvidar a los poetas que surgen en cuanto se evoca la poesía, de Rilke a Holderlin, de Pavese a Rumi, de Akhmatova a García Lorca, de Pessoa a Borges y Ungaretti y otros genios que tienden a olvidarse y otros muchos escandalosamente despreciados como Georges Perros, a quien dedico un acróstico. Todo eso, evidentemente, sin contar a Jean Follain, Adonis, Jacques Dupin, Philippe Delaveau y los jóvenes poetas actuales. La lista es larga, infinita, ya se lo he dicho.

Hamma Hanachi, ese periodista que piensa las palabras con el corazón y se ha arrogado la ingente responsabilidad de honrar no solo el oficio meticuloso de la poesía, sino a todos y cada uno de sus representantes, nos deja abrumados con la inmensidad de su bagaje,

de su compromiso con el arte y con la salvaguarda de una expresión que siempre debe luchar contra el encasillamiento.

Hanachi se nos antoja ejemplo de un posicionamiento universalista; tanto más universal cuanto más cerca del espíritu global lo encontramos. Hanachi mitifica, enaltece, nos dirige y acompaña al Parnaso de las palabras, mimadas y ribeteadas de trozos de alma.

Si al inicio hablábamos de la poética como punto de partida para un afianzamiento de la personalidad del arte tunecino, el encuentro con Hamma Hanachi nos ha cambiado el marco y nos ha llevado por los derroteros de la experiencia sensitiva sin tiempos ni lugares. Tendremos que retomar el sendero de la búsqueda de las raíces culturales a través del teatro, otro de los grandes pilares de la expresión contemporánea tunecina... pero eso será ya para otra ocasión.

Ton souffle à toi

*Et ton chagrin évanoui, se retourne encore
Contre moi
Sur les quais de nuit, quand, sans rire les
amants choient
Qu'est-il advenu de nos filiations attendues?
Dis
L'erreur du vent, remarque est de finir
toujours mort
Ou encore contre un mur du silence, il s'écrase
Ensuite
Brisé contre les branches, soulevant la terre
Nue. Vois.
Ne t'ais-je pas couvert de poussière de ce vent
Lent? et de lumière
Alors que nul bruit ne troublât la soif d'une
bouche et des lèvres.⁶*

(Poema de Hamma Hanachi recogido en su antología *elle*.)

Panorama de actualidad

Inteligencia artificial y jóvenes: compromiso ético y pensamiento crítico

El Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMed), en colaboración con la Fundación Anna Lindh, lanzó el concurso «Un mar de palabras» en 2008. Desde entonces, esta iniciativa reúne las voces de los jóvenes, agentes esenciales de cambio, sobre temas de diálogo social, cultural, económico o político, que impulsaron la Declaración de Barcelona de 1995. Este concurso da voz a jóvenes de los países del sur y este del Mediterráneo y de la Unión Europea, promoviendo el debate en torno a problemas comunes y valores compartidos.

6. «Tu aliento». Y tu pena desvanecida se vuelve otra vez / contra mí / en los muelles de la noche cuando, sin reírse, los / amantes se miman / ¿Qué ha sido de nuestros esperados vínculos? / Di / El error del viento es acabar / siempre muerto / o contra un muro de silencio estrellado / después / quebrado contra las ramas, levantando la tierra / desnuda. Mira. / ¿No te he cubierto de polvo de este viento / lento? Y de luz / Mientras ningún rumor perturbaba la sed de una / boca y unos labios.